

De repente
llaman a la puerta
ETGAR KERET



Cuéntame un cuento o te mato. Cuéntame un cuento o me muero. Así arranca la nueva colección de relatos de Etgar Keret: con una amenaza para calmar nuestra sed de historias y poder sobrellevar el día a día en este loco mundo, en el que la cara y la cruz se enfrentan continuamente, como en una banda de Möbius.

En los 38 cuentos de *De repente llaman a la puerta*, hay muchos ejercicios útiles para aprender a entender otra vida, la soledad, la muerte, la violencia y el índice de Bolsa. Lleno de situaciones absurdas, de humor, de tristeza y compasión, esta colección de Etgar Keret, calificado de «genio» por el New York Times, lo confirma como uno de los escritores más originales de su generación.

De repente llaman a la puerta

—Cuéntame un cuento —me ordena el hombre con barba que está sentado en el sofá de mi salón.

Reconozco que la situación me resulta bastante incómoda, porque yo escribo cuentos, pero no soy un cuenta cuentos. Y además no lo hago por encargo. La última persona que me pidió que le contara un cuento fue mi hijo, hace un año. Inventé algo sobre un hada y un ratón de campo, ni siquiera recuerdo qué, solo sé que a los dos minutos ya se había quedado dormido. Mientras que la situación de ahora es completamente distinta. Porque mi hijo no tiene barba. Ni pistola. Y porque mi hijo me pidió el cuento, mientras que la intención de este hombre es robármelo.

Procuro explicarle al barbudo que si enfunda la pistola será mucho mejor para él. Para los dos, en realidad. Porque es difícil que se te ocurra un cuento mientras te están encañonando la cabeza con una pistola cargada. Pero el tipo insiste.

—En este país —explica—, cuando quieres algo, tienes que exigirlo por la fuerza.

Es un inmigrante judío recién llegado de Suecia. En Suecia la situación es completamente diferente. Allí, cuando se quiere algo, se pide educadamente y, por lo general, te lo dan. Pero en el asfixiante y enrarecido Oriente Medio, eso no es así. A uno le basta con pasar aquí una semana para entender cómo funcionan las cosas. O para ser más exactos, para entender cómo no funcionan. Los palestinos pidieron con muy buenos modales un estado. ¿Se lo dieron? ¡Y una mierda! Mientras que cuando pasaron a hacerse

saltar por los aires en autobuses cargados de niños, empezaron a escucharlos. Los colonos quisieron que se les enviara a alguien con quien dialogar. ¿Les enviaron a alguien? Otra mierda, eso es lo que les enviaron. Pero en cuanto se pusieron a repartir hostias y a lanzarles aceite hirviendo a los guardias de fronteras, los estamentos empezaron a querer tomar contacto. Este país solo entiende el lenguaje de la fuerza y no importa que se trate de un asunto de política, de economía o de una plaza de aparcamiento. Aquí solo entendemos la fuerza.

Suecia, el lugar desde el que el barbudo ha inmigrado, es un país progresista y avanzado en no pocos campos. Porque Suecia no es solo ABBA, IKEA y el Premio Nobel. Suecia es todo un mundo de cosas, y lo muchísimo que tienen lo han conseguido exclusivamente por las buenas. En Suecia, si se le hubiera ocurrido ir a casa de la solista de Ace of Base y llamar a la puerta para pedirle que le cantara una canción, ella le habría preparado una taza de té, habría sacado la guitarra de debajo de la cama y se habría puesto a tocar. Y todo con una sonrisa. ¿Pero aquí? Si no llevara una pistola en la mano seguro que yo lo habría echado a patadas escaleras abajo.

—Mira... —le digo intentando que entre en razón.

—Nada de mira —exclama furioso el barbudo montando el arma—, o el cuento o un balazo en la cabeza.

Así que comprendo que no tengo alternativa, que el tipo va completamente en serio.

—Hay dos personas sentadas en una habitación —empiezo—, cuando de repente alguien llama con los nudillos a la puerta.

El barbudo se yergue. Por un momento creo que el cuento lo ha atrapado. Pero no. Está escuchando otra cosa. Y es que realmente hay alguien llamando a la puerta con los nudillos.

—Abre —me dice—, y no intentes nada. Échalo de aquí lo más deprisa posible, porque si no esto va a acabar muy

mal.

El joven de la puerta es un encuestador. Quiere hacerme unas cuantas preguntas. Muy cortas. Sobre la elevadísima humedad que hay aquí en verano y cómo esta afecta a mi estado de ánimo. Le digo que no quiero que me haga la encuesta, pero él, de todos modos, se cuela dentro.

—¿Quién es? —me pregunta, señalando hacia el barbu-do.

—Es mi sobrino, de Suecia —le miento—. Ha venido para enterrar aquí a su padre que ha muerto en un alud de nieve. En estos momentos estábamos mirando el testamento. ¿Serías, pues, tan amable de respetar nuestra intimidad marchándote ahora mismo?

—¡Anda ya! —me dice el encuestador, dándome una palmadita en el hombro—, si son cuatro preguntitas de nada. Deja que este colega se pueda ganar el pan. Me pagan por encuesta hecha.

Se despatarra en el sofá con su carpeta. El sueco se sienta a su lado. Yo sigo de pie, intentando parecer convincente.

—Te ruego que te vayas —le digo—, has llegado en mal momento.

—¿Cómo que en mal momento? ¿Porque no soy lo suficientemente blanco? Para los suecos veo que sí dispones de todo el tiempo del mundo, pero para este marroquí que como soldado recién llegado del frente del Líbano se ha dejado allí el bofe, para este menda, no tienes ni un triste minuto.

Intento explicarle que eso no es así, que simplemente se le ha ocurrido llegar en un momento delicado para el sueco y para mí. Pero el encuestador se acerca el cañón de su pistola a los labios indicándome que me calle la boca.

—Anda ya —me dice—, déjate de excusas. Siéntate ahí en el sillón y desembucha.

—¿Que desembuche qué? —le pregunto.

La verdad es que ahora sí que estoy nervioso. El sueco también tiene una pistola y aquí se puede llegar a armar un verdadero enfrentamiento entre Oriente y Occidente o algo así, por la diferencia de mentalidad. O hasta quizá resulte que al sueco le dé por rayarse porque quería el cuento para él solito.

—No intentes tomarme el pelo —me amenaza el encuestador—, que soy de mecha corta. Venga, larga ya de una vez un cuento.

—Eso —se le une el sueco, con una sorprendente complicidad mientras también me apunta con su arma y yo carraspeo para volver a empezar.

—Tres personas están sentadas en una habitación...

—Y nada de «de repente llaman con los nudillos a la puerta» —me advierte el sueco.

El encuestador no entiende a qué se refiere, pero le sigue la corriente.

—Dale ya —exclama—, y sin llamadas a la puerta. Cuéntenos otra cosa. Algo que nos sorprenda.

Callo un momento y tomo aire. Los dos tienen la mirada fijada en mí. ¿Por qué tendré que verme siempre en situaciones como estas? A Amos Oz o a David Grossman nunca les pasaría algo así. De repente se oyen unos golpecitos en la puerta. La mirada de concentración de los dos se vuelve ahora amenazadora. Yo me encojo de hombros. No tengo nada que ver con eso, ni mi cuento tiene nada que ver con esa llamada a la puerta.

—Deshazte de él —me ordena el encuestador—, sea quien sea, dile que se pire.

Abro la puerta solo una rendija. Es un repartidor que trae una pizza.

—¿Eres Keret? —me pregunta.

—Sí —le digo—, pero yo no he pedido ninguna pizza.

—Aquí pone Zamenhof 14 —insiste, agitando una nota delante de mis narices y colándose dentro.

—Lo pondrá —le digo—, pero yo no he pedido ninguna pizza.

—Una familiar —se empecina él—, mitad de piña, mitad de anchoas. Está pagada. Con tarjeta. Solo tienes que darme la propina y me largo volando.

—¿Tú también has venido a por el cuento? —le pregunta el sueco.

—¿Qué cuento? —se extraña el repartidor de pizza.

Pero se le nota que miente, porque es muy mal actor.

—Venga, sácala —le espeta el encuestador—, saca la pistola de una vez.

—No tengo ninguna pistola —confiesa el repartidor, dejando asomar, sin embargo, de debajo de la caja de cartón, un largo cuchillo de carnicero—, pero lo haré picadillo si no se inventa enseguida una buena historia.

Ahora están los tres sentados en el sofá. El sueco a la derecha, a su lado el repartidor y a la izquierda el encuestador.

—Yo así no puedo —les digo—, no se me va a ocurrir ningún cuento si estáis ahí los tres con la tontería de las armas. Salid un rato a dar una vuelta y cuando volváis veré si os tengo algo preparado.

—Lo que va a hacer el mierda este es llamar a la policía —le dice el encuestador al sueco—. Se cree que nos chupamos el dedo.

—Venga, suelta ya uno y nos vamos —me suplica el repartidor de pizza—, uno cortito. No seas tacaño, que corren muy malos tiempos entre el paro, los atentados y los iraníes. La gente está sedienta de otra cosa. ¿Qué crees que nos ha traído hasta tu casa a unas personas normalitas como nosotros? La desesperación, hombre, la desesperación.

Yo asiento y vuelvo a empezar.

—Cuatro personas están sentadas en un sofá. Hace calor. Se aburren. El aire no funciona. Uno pide un cuento. Los demás le hacen coro...

—Eso no es un cuento —exclama irritado el encuestador—, eso es un informe de la situación, de lo que en este momento está pasando aquí. Precisamente de lo que estamos intentando escapar. No nos recicles la realidad como el camión de la basura. Dale a la imaginación, colega, inventa algo, venga, lo más increíble posible.

Vuelvo a empezar.

—Un hombre está sentado en una habitación. Está solo. Es escritor. Quiere escribir un cuento. Ha pasado mucho tiempo desde que escribió su último cuento y siente una fuerte añoranza. Echa de menos la sensación de crear algo a partir de algo. Sí, algo a partir de algo. Porque eso de crear algo de la nada es para cuando de verdad se inventa algo. Y eso ni merece la pena ni es gran cosa. Mientras que crear algo a partir de algo quiere decir saber descubrir algo que ya existía todo el tiempo en ti y descubrirlo a través de algo que ha sucedido y que nunca antes había pasado. Finalmente, el hombre decide escribir sobre la situación. No sobre la situación política, ni tampoco sobre la situación social del país. Decide escribir un cuento sobre la situación humana, o mejor dicho, sobre la condición humana tal y como él la está experimentando en ese mismo momento. Pero no se le ocurre nada. Porque la situación humana, tal y como él la está viviendo en ese momento, según parece, no merece ningún cuento. Está a punto de renunciar a la idea cuando de repente...

—Ya te lo he advertido —me interrumpe el sueco—, nada de llamadas a la puerta.

—Es que tiene que ser así —me empeño yo—, sin que llamen a la puerta no hay cuento.

—Déjalo —dice el repartidor de pizza suavemente—. Dale un poco de libertad. Que quiere que llamen a la puerta, pues que llamen. ¡Lo que sea, con tal de que nos cuente un cuento de una vez!

Mentiralandia

Robi dijo la primera mentira a los siete años. Su madre le había dado un billete viejo y arrugado y le había pedido que fuera a la tienda a comprarle una cajetilla de Kent largos. Con el dinero, Robi se compró un helado. Las monedas del cambio las escondió debajo de una piedra grande en el patio trasero del edificio en el que vivían, y cuando volvió a casa le contó a su madre que un niño pelirrojo con un aspecto horroroso y al que le faltaba uno de los dientes delanteros lo había parado en plena calle y le había dado una bofetada quitándole el billete. Ella se lo creyó. Y desde entonces Robi no ha dejado de mentir. Cuando estaba en el instituto se fue a Eilat y se tiró en la playa casi una semana después de haberle vendido al tutor de su curso el cuento de que a su tía de Beer-Sheva le habían diagnosticado un cáncer. En la mili esa tía imaginaria ya se había quedado ciega y así es como pudo ayudar a Robi a salir del lío en el que se había metido por abandono del puesto de guardia, y eso sin ser ni detenido ni siquiera arrestado. En el trabajo justificó en una ocasión un retraso de dos horas con la mentira de que se había encontrado un pastor alemán atropellado en la cuneta y que lo había llevado al veterinario. En la mentira el perro se quedó parálítico de dos patas y el retraso fue completamente olvidado. Fueron muchísimas las mentiras que Robi Elgrabli tuvo ocasión de contar durante su vida. Mentiras mancas y enfermas, violentas y malvadas, mentiras con piernas y con ruedas, mentiras con americana y mentiras con bigote. Unas mentiras que se

inventaba al instante, sin pensar en que un día fuera a tener que volver a encontrarse con ellas.

Todo empezó en un sueño. Un sueño corto y muy poco claro sobre su madre muerta. En el sueño estaban sentados los dos en una esterilla en medio de una plataforma blanca, sin más detalles, una extensión blanca que parecía no tener ni principio ni fin. A su lado, en la infinita plataforma blanca había una máquina expendedora de chicles, de las antiguas, con la parte de arriba transparente y una rendija por la que se echaba la moneda. Si se giraba una palanca, le salía a uno un chicle de bola. En el sueño la madre de Robi le dijo que empezaba a fastidiarle eso de estar en el otro mundo, porque aunque la gente ahí era muy buena, no había cigarrillos.

—No es solo que no haya cigarrillos, sino que encima no hay café, ni existe la emisora Reshet bet. ¡No hay nada de nada! Tienes que ayudarme, Robi —le dijo—, tienes que comprarme un chicle. Recuerda que yo te crié, hijo mío. Durante un montón de años te lo di todo sin pedir nada a cambio. Y ahora ha llegado el momento de recompensar un poquito a tu anciana madre. Cómprame una bola de chicle. A ser posible, roja. Aunque si te sale una azul, tampoco pasa nada.

En el sueño, Robi rebuscó una moneda en los bolsillos, pero no encontró ninguna.

—No tengo dinero, mamá —le dijo bañado en lágrimas—, no tengo ni una perra, me he buscado bien en todos los bolsillos.

Siendo como era que él nunca lloraba cuando estaba despierto, resultaba raro que ahora llorara en el sueño.

—¿Has buscado también debajo de la piedra? —le preguntó su madre, cubriendo con su mano la de él—, ¿estarán todavía ahí aquellas monedas?

Y entonces se despertó. Eran las cinco de la mañana de un *sabbat* y fuera todavía estaba oscuro. Robi se encontró montándose en el coche y dirigiéndose al lugar en el que vivió de niño. Como era sábado por la mañana, sin tráfico en la carretera, le llevó menos de veinte minutos llegar. En la planta baja del edificio, donde en su día había estado la tienda de Pliskin, habían abierto un todo a cien, y al lado, en lugar de la zapatería, había ahora una tienda de una compañía de móviles que tenía tal variedad de terminales en el escaparate que se diría que no existía el mañana. Pero lo que era el edificio en sí, seguía igualito que siempre. Habían pasado más de veinte años desde que se fueron y entre tanto ni siquiera lo habían vuelto a pintar. El patio también seguía igual, con unas cuantas flores, el grifo, el viejo manómetro oxidado y un montón de malas hierbas. Y en un rincón del patio, al lado del tendedero que todos los años convertíamos en *sukah*^[1], estaba la piedra blanca.

Se quedó allí de pie, en el patio trasero de la casa en la que se crió, con el anorak militar, una linterna de plástico grande y sintiéndose muy raro. Eran las cinco y media de la mañana de un sábado. Si de repente llegaba a salir un vecino, ¿qué le iba a poder decir? «¿Mi madre muerta se me ha aparecido en sueños y me ha pedido que le compre un chicle de bola, así que he venido a por unas monedas?» Resultaba bastante raro que la piedra siguiera allí después de tantos años. Aunque pensándolo bien, tampoco es que las piedras se dediquen a marcharse por su cuenta a ningún lado. Levantó la piedra con cierto miedo, como si bajo ella pudiera encontrarse escondido un escorpión. Pero allí no había ni escorpión ni serpiente ni ningunas monedas de lira, sino un hueco del diámetro de una toronja que irradiaba luz. Robi intentó mirar el interior del hueco, pero la luz lo cegaba. Vaciló un instante, metió dentro la mano y después el brazo entero, hasta el hombro. Se echó en el suelo esforzándose por llegar a tocar algo en el fondo del foso. Pero este no tenía fondo y lo único que consiguió tocar te-

nía el tacto de un frío metal. Como de una palanca. La palanca de una máquina expendedora de chicles. Robi giró la palanca con todas sus fuerzas y notó que el mecanismo le obedecía. Ahora había llegado el momento en el que un enorme chicle redondo debía salir recorriendo el camino que va desde el interior metálico de la máquina hasta la palma de la mano del emocionado niño que lo espera impaciente. Ahora era el momento en el que todo eso debía suceder. Pero no sucedió. Porque en el momento en el que Robi terminó de girar la palanca apareció aquí.

Ese «aquí» era otro lugar, pero también conocido. El lugar del sueño con su madre. Un lugar completamente blanco, sin paredes, sin suelo, sin techo, sin sol. Solamente blanco y con una máquina de chicles. Una máquina de chicles y un niño pelirrojo, bajito y feo al que Robi no vio en un primer momento. Y antes de que a Robi le hubiera dado tiempo a sonreírle o a decirle algo, el pelirrojo le dio una patada en la pierna con todas sus fuerzas haciéndolo caer de rodillas. Ahora, allí arrodillado y gimiendo de dolor, Robi y el niño eran exactamente de la misma altura. El pelirrojo miró a Robi a los ojos y, a pesar de que Robi sabía muy bien que nunca antes se habían visto, aquel niño le resultaba familiar.

—¿Quién eres? —le preguntó al niño pelirrojo que tenía delante jadeando.

—¿Yo? —le respondió el niño con una perversa sonrisa que dejó al descubierto que le faltaba uno de los dientes delanteros—. Soy tu primera mentira.

Robi intentó levantarse. La pierna en la que el pelirrojo le había dado la patada le dolía a rabiar. El pelirrojo, entre tanto, hacía ya rato que había salido huyendo de allí. Robi examinó de cerca la máquina expendedora de chicles. Entre las bolas de chicle se escondían unas bolas de plástico medio transparentes con sorpresa dentro. Buscó una moneda en los bolsillos y se acordó de que el niño pelirrojo le

había arrebatado la cartera antes de escapar. Robi se puso a cojear sin rumbo fijo. Como en la plataforma blanca no había ningún punto de referencia que no fuera la máquina de chicles, lo único que podía hacer era intentar alejarse de ella. Cada pocos pasos volvía la cabeza para comprobar que realmente la máquina se iba haciendo cada vez más pequeña, y una de las veces que miró hacia atrás vio un pastor alemán y a su lado un hombre viejo y enjuto con un ojo de cristal y las dos manos amputadas. Al perro lo reconoció enseguida, por cómo avanzaba medio reptando, ya que las patas delanteras arrastraban tras de sí, con gran esfuerzo, la parte de atrás del cuerpo, la paralizada. Aquel era el perro atropellado de la mentira. Y el perro, jadeando por el esfuerzo y muy nervioso, estaba muy contento de verlo. Le lamió la mano a Robi mientras lo miraba fijamente. Al hombre flaco Robi no conseguía identificarlo. El anciano le tendió el gancho que llevaba montado sobre el muñón derecho para estrecharle la mano.

—Robi —dijo este con una inclinación de cabeza.

—Igor —se presentó el anciano, palmeándole la espalda a Robi con uno de los ganchos.

—¿Nos conocemos? —le preguntó Robi, tras unos segundos de vacilante silencio.

—No —respondió Igor, levantando la correa con uno de los ganchos—. Estoy aquí por él. Te ha olido a varios kilómetros de distancia y se ha puesto muy nervioso. Ha querido que viniéramos.

—Entonces usted y yo no tenemos nada que ver —dijo Robi con cierto alivio.

—¿Tú y yo? —dijo Igor—. En absoluto. Yo soy la mentira de otra persona.

A Robi le habría encantado preguntarle de quién era la mentira, pero no estaba muy seguro de que resultara educado hacerlo. En realidad, quería preguntarle también qué lugar era aquel y si había allí mucha más gente, o más mentiras, o como quiera que se llamaran a sí mismos, fuera de

él, pero temía que esa pregunta resultara también demasiado delicada. Así que en lugar de hablar se limitó a acariciar al perro cojo de Igor. El perro era muy cariñoso. Parecía estar muy contento de ver a Robi y este se compadeció de él y se sintió culpable por no haber inventado una mentira menos trágica y dolorosa.

—La máquina de los chicles —le preguntó a Igor tras unos minutos—, ¿con qué monedas funciona?

—Con liras —le dijo el anciano.

—Antes ha estado aquí un niño que se ha llevado mi cartera —le dijo Robi—, pero aunque me la hubiera dejado no llevaba liras en ella.

—¿Un niño al que le faltaba un diente? —le preguntó Igor—. Ese pájaro roba a todo el mundo. Hasta le come el pienso al perro. Nosotros, en Rusia, a un niño como ese, lo sacaríamos en camiseta y calzoncillos a la nieve y no lo dejaríamos volver a entrar en casa hasta que no tuviera todo el cuerpo bien azul.

Igor se señaló con uno de los ganchos el bolsillo trasero del pantalón.

—Ahí hay unas cuantas liras. Cógelas, es un regalo que te hago.

Robi, confuso, sacó una lira del bolsillo de Igor y, tras darle las gracias, intentó ofrecerle a cambio su reloj Swatch.

—Gracias —sonrió Igor—, pero ¿para qué necesito yo un reloj de plástico? Además, nunca tengo prisa por llegar a ningún sitio.

Y al ver que Robi buscaba otra cosa para darle, en vez del reloj, se apresuró a tranquilizarlo:

—Pero si el que está en deuda contigo soy yo. Si no fuera por tu mentira del perro, ahora me vería aquí completamente solo. De manera que ya estamos en paz.

Robi se fue cojeando muy deprisa en dirección a la máquina de chicles. La patada del niño pelirrojo le seguía doliendo, pero menos. Echó la lira en la máquina, inspiró profundamente, cerró los ojos y giró la palanca con rapidez.

Se encontró echado en el suelo del patio de su antigua casa. La primera luz empezaba ya a pintar el cielo de un tono añil. Robi sacó la mano apretada en un puño del profundo foso, y cuando la abrió descubrió en ella un chicle redondo y rojo.

Antes de marcharse puso la piedra en su sitio. No se preguntó qué era lo que exactamente había pasado allí, en el foso, sino que se limitó a montarse en el coche, puso marcha atrás y se fue de allí. El chicle rojo lo metió debajo de la almohada, para su madre, por si volvía en sueños.

Durante los primeros días Robi todavía pensó mucho en aquello, en el perro, en Igor y en sus demás mentiras, con las que, por suerte, no se había encontrado. Porque estaba aquella extraña mentira que una vez le había dicho a Ruti, su novia anterior, cuando no había ido a la cena del viernes a casa de los padres de ella y le dijo que su sobrina que vivía en Netania tenía un marido muy violento que la amenazaba con matarla y que por eso había tenido que ir allí a calmar los ánimos. Hasta hoy no entendía cómo había sido capaz de inventar una historia tan demencial como esa. Quizá fuera porque creía que cuanto más complicada y retorcida fuera la excusa, Ruti más se la creería. Hay personas que cuando no van a cenar a la casa a la que están invitados el viernes por la noche se limitan a decir que les duele la cabeza, mientras que por culpa de esa mentira que él había dicho, ahora vivirían no lejos de allí, en una especie de foso bajo tierra, un marido loco y una mujer maltratada.

No regresó al foso, pero algo de aquel lugar seguía en él. Al principio todavía siguió mintiendo, pero decía mentiras positivas, nada de pegar palizas, ni de personas que cojeaban o que tenían cáncer. Llegaba tarde al trabajo porque había tenido que ir a regar las plantas a casa de una tía suya que se había ido a visitar a su maravilloso hijo a Japón; no había podido asistir a una fiesta de *britah*^[2] porque una